La clase de los pesos prestados

Shyvirelle · Texto original

En la colonia de Cernícalo, los objetos no siempre pesaban lo que uno esperaba. Una taza llena seguía teniendo la misma cantidad de agua, pero durante una corrección orbital podía sentirse más pesada, más liviana o tirar hacia un costado. Los niños lo aprendían antes de aprender las tablas de multiplicar: había que sujetar las cosas, no porque el mundo fuera frágil, sino porque estaba en movimiento.

La clase de Tano ocupaba una sala junto al vivero. Desde las ventanas se veían las hileras de plantas sujetas por bandas suaves. Cada semana los alumnos llevaban al laboratorio pequeñas muestras de suelo y hojas. Algunas eran tan delicadas que el transporte debía hacerse a pie, sin carros ni motores, por el pasillo que cruzaba la zona de maniobras.

—Hoy necesitamos bandejas —anunció Tano, dejando sobre las mesas seis hojas de papel resistente—. Solo papel y pliegues. Nada de pegamento. Tendrán que transportar una muestra sin apretarla y sin que se caiga.

Isa, que hacía aquel recorrido para ayudar en el vivero, miró la muestra de prueba: un cilindro pequeño de corcho envuelto en papel fino. La conocía bien. Era una pieza ligera que se deformaba si se la sujetaba con fuerza.

Los compañeros comenzaron a doblar. Hubo bandejas con paredes altas, otras con el fondo reforzado y una tan estrecha que parecía una barquilla. Tano dispuso la mesa de evaluación: un bloque de peso conocido, siempre colocado en el centro, sobre una superficie horizontal. Ganaría la bandeja que soportara más carga sin que el fondo se hundiera.

—¿Solo en el centro? —preguntó Isa.

—Para poder comparar resultados, sí. Misma carga, mismo sitio, mismas condiciones.

Isa tenía una objeción, pero antes quiso probar. Hizo cuatro pliegues inclinados que se abrían un poco cuando recibían presión, como las patas de un animal que aprende a acomodarse al terreno. Su bandeja no era rígida. Al poner el bloque en el centro, cedió varios milímetros.

—Pierde resistencia —señaló Tano al medirla.

En la mesa de al lado, la bandeja de Orik aguantó el doble de carga. Su fondo estaba plegado en capas compactas y las esquinas se sostenían como pequeñas columnas. Tano anotó el resultado en una tabla visible para todos. Isa quedó última.

Orik no se burló. Levantó su bandeja con cuidado y la miró a contraluz.

—La tuya se dobla como si quisiera acompañar la carga —comentó.

—Ese es el problema —respondió Isa—. La carga no siempre se queda donde la ponemos.

La clase continuó con la prueba de transporte. Cada equipo debía llevar su bandeja por el patio interior y regresar sin perder una muestra de ensayo. Un indicador luminoso avisaría antes de la siguiente corrección de órbita. No había peligro: Tano había elegido un recorrido cerrado y materiales ligeros, y las muestras reales permanecían en sus recipientes protegidos.

Orik fue primero. Caminó despacio, con los brazos nivelados. Su bandeja rígida se comportó de maravilla hasta que el indicador cambió de azul a ámbar. El empuje de ajuste alteró durante unos segundos la dirección y la intensidad del peso aparente. El cilindro se desplazó hacia una esquina, golpeó el borde duro y saltó al suelo.

Otro equipo perdió su muestra cuando el fondo se inclinó de golpe. El papel no se rompió: simplemente no había nada que la mantuviera en su sitio cuando la fuerza dejó de apuntar hacia el centro.

Isa observó los pasos de sus compañeros. No estaba convencida de que su bandeja funcionara, pero sabía qué quería probar. Antes de salir, colocó una ficha de papel en una esquina, donde una carga descentrada resultaría más incómoda. El borde flexible bajó un poco y el pliegue opuesto se levantó, formando un apoyo provisional.

—Tienes el fondo torcido —dijo Orik.

—Solo cuando algo se va hacia un lado.

—¿No deberías enderezarlo?

—Prefiero ver qué hace cuando vuelva a cambiar el peso.

Tano autorizó el ensayo. Isa avanzó sin correr. Sentía en las plantas de los pies las vibraciones del sistema de corrección. Al encenderse la luz ámbar, la ficha se deslizó hacia el extremo más bajo. El pliegue cedió bajo ella, y los bordes cercanos se acercaron lo justo para formar un pequeño cuenco. Cuando pasó el impulso, el papel volvió casi a su forma anterior. El cilindro seguía dentro.

Isa cruzó el patio y regresó a clase con la muestra. Era la única bandeja que había conservado el contenido durante la maniobra.

—La prueba de la mesa dice que es la menos resistente —recordó Orik.

—Y la del patio dice que es la única que me sirve para el trayecto de hoy —contestó Isa.

Tano reunió a los alumnos alrededor de ambas bandejas. Quiso repetir el resultado, no celebrarlo demasiado pronto. Colocó una ficha en el centro de la de Isa, después en cada extremo. La bandeja se hundía más que las otras, pero sus pliegues cambiaban de forma con la posición de la carga. Repitió el procedimiento con la de Orik: aguantaba mucho peso en el centro; a un lado, el fondo rígido transmitía el esfuerzo a una esquina, que comenzaba a separarse.

—¿Entonces mi bandeja era mala? —preguntó Orik.

—No —respondió Tano—. Ganó la prueba para la que la medimos. Eso sigue siendo cierto.

—Pero perdió el transporte —dijo Isa.

—También es cierto. Si borramos uno de los resultados, vamos a diseñar como si solo existiera la mitad del problema.

Orik tomó su bandeja y la miró otra vez. Propuso cortarla por la mitad. Quería entender cómo se distribuían los pliegues en el interior. Tano le alcanzó unas tijeras de punta redondeada. Abrieron la pieza sobre una lámina y vieron las capas gruesas que reforzaban el centro. En los extremos, sin embargo, dos dobleces quedaban casi sin apoyo. No habían fallado en la mesa porque la carga nunca había llegado a ellos.

Isa acercó su propio diseño, intacto, para compararlo.

—Los míos se mueven porque tienen espacio —dijo—. Pero si ponemos demasiado peso, se vienen abajo.

—Entonces sabemos qué cambiar en los dos —añadió Orik—. Yo necesito que los bordes acompañen. Tú, que el fondo aguante.

Tano escribió dos encabezados en el cuaderno de evaluación: **carga centrada** y **transporte durante corrección**. Debajo dejó los resultados, sin convertirlos en un único puesto. La bandeja de Orik encabezaba la primera columna; la de Isa, la segunda. Había alumnos con valores intermedios en ambas. Ninguna anotación cancelaba la otra.

Al terminar la clase, Isa recibió permiso para llevar tres muestras del vivero al laboratorio. Eran pequeños sobres sellados dentro de recipientes livianos; las bandejas no tocaban directamente el contenido. Usó su diseño flexible y caminó por el pasillo cuando la luz estaba azul, como indicaban las normas del vivero. A mitad del recorrido hubo otra corrección pequeña. Los pliegues cedieron y volvieron a levantarse.

En el laboratorio dejó los tres recipientes sobre la mesa. Ninguno había volcado.

A la mañana siguiente encontró su bandeja junto al tablero de prácticas. Orik le había añadido, sin pegar nada, un pliegue de refuerzo bajo el centro. Al lado había una nota: *¿Probamos otra vez las dos cosas?*

Isa devolvió la bandeja a su compañero y se quedó con la pregunta. Le gustaba que, en aquella colonia, hasta los buenos resultados pudieran moverse un poco.